



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad del Editor.  
Queda hecho el depósito que  
marca la ley.

PQ 2495  
A 58  
U. 1

CAPILLA ALFONSINA  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

MADRID.—Imp. de J. Cruzado, Divino Pastor, 9.

# EL DINERO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Acababan de sonar las once en la Bolsa, cuando Saccard entró en el restaurant Champeaux, en el salón blanco y oro, cuyas dos grandes ventanas dan á la plaza. De una ojeada recorrió las filas de mesas donde se apiñaban, codo con codo, los parroquianos comiendo apresuradamente, y quedó sorprendido al no ver el rostro que buscaba.

A un mozo que pasaba á escape, cargado de platos, le preguntó:

—¿No ha venido el señor Huret?

—No, señor, todavía no.

Entonces Saccard se decidió, y se sentó á una mesa que se desocupaba en aquel momento en el centro de una de las ventanas. Creía haber llegado tarde; y mientras cambiaban la servilleta, miró hacia afuera espionando á los que pasaban por la acera. Pusiéronle el cubierto, pero no pidió enseguida; permaneció con las miradas fijas en la plaza, llena de alegría en aquella clara mañana de los primeros días de Mayo. Era la hora en que todo el mundo almorzaba, y estaba casi de-

*Aristides Rougon.*

sierta: bajo los castaños de un verde claro y nuevo, los bancos estaban desocupados; á lo largo de la verja, en el punto de carruajes, extendiase la fila de los coches de un extremo á otro; y el ómnibus de la Bastilla se paraba en la estación, en la esquina del jardín, sin dejar ni tomar viajeros. Caía el sol á plomo, bañando el monumento, su columnata, sus altas estatuas, su vasto pórtico, en lo alto del cual no se veía aún más que el ejército de sillas en buen orden.

Saccard, habiéndose vuelto, reconoció á Mazaud, el agente de cambio, en la mesa de al lado de la suya, y le tendió la mano.

— ¡Calle, sois vos! ¡Buenos días!

— ¡Buenos días! — contestó Mazaud, estrechándosela distraídamente.

Pequeño, moreno, muy vivo, guapo, acababa de heredar la plaza de uno de sus tíos, á los treinta y dos años. Parecía estar entregado por completo al comensal que tenía enfrente, un señor grueso, colorado y muy afeitado, el célebre Amadiou, á quien veneraba la Bolsa desde su famoso golpe de las Minas de Selsis. Cuando las acciones habían bajado á quince francos, y todo comprador era considerado como loco, él invirtió en el negocio toda su fortuna, doscientos mil francos, al azar, sin cálculo ni estudio, por una terquedad de bruto afortunado. Ahora que el descubrimiento de filones positivos y considerables había hecho subir las acciones á más de mil francos, ganaba ya una quincena de mi-

llones; y su estúpida operación que antes habría debido hacerle encerrar en un manicomio, lo alzaba hoy al rango de los vastos cerebros financieros. Era muy saludado, consultado sobre todo. Por lo demás, ya no daba órdenes, como satisfecho, tronando desde lo alto de su golpe de genio único y legendario. Mazaud debía pensar en su clientela.

Saccard, no pudiendo conseguir de Amadiou ni siquiera una sonrisa, saludó á la mesa de enfrente, donde se encontraban reunidos tres especuladores conocidos suyos, Pillerault, Moser y Salmon.

— ¡Buenos días! ¿Va bien?

— Sí, no va mal..... ¡Buenos días!

También notó en estos frialdad, casi hostilidad. Sin embargo, Pillerault, alto, delgado, de gestos nerviosos y con una nariz como la hoja de un sable, en un rostro huesudo de caballero andante, tenía habitualmente la familiaridad de un jugador que profesaba el principio de jugar á ojos cerrados, declarando que andaba sorteando catástrofes, siempre que se le ocurría reflexionar. Era una naturaleza exuberante de alcista, siempre de cara á la victoria; mientras que Moser, por el contrario, de talla corta, de tez amarilla, atormentado por una enfermedad del hígado, lamentábase sin cesar, presa de constantes temores de un cataclismo. Cuanto á Salmon, un buen mozo frisando en los cincuenta, luciendo una soberbia barba, negra como la tinta, pasaba

por hombre de mucha cuenta. Jamás hablaba, no respondía más que por sonrisas, no se sabía en qué sentido jugaba, ni siquiera si jugaba; y su manera de escuchar impresionaba de tal modo á Moser, que con frecuencia éste, después de haberle hecho una confidencia, corría á cambiar una orden, aturdido por su silencio.

En medio de aquella indiferencia que le mostraban, Saccard había acabado de recorrer la sala con miradas febriles y provocativas. Y no cambió más que un movimiento de cabeza con un joven alto, sentado á tres mesas de distancia, el hermoso Sabatani, un levantino, de rostro ovalado y moreno, que iluminaban magníficos ojos negros, pero que estropeaba una boca maliciosa, inquietante. La amabilidad de este mozo acabó de irritarle: algún quebrado de una Bolsa extranjera, uno de esos aventureros misteriosos amados por las mujeres, caído en el mercado desde el último otoño, á quien había visto trabajando como testaferra en un desastre de banca, y que poco á poco iba conquistando la confianza del *parquet* y del *corro*, por su gran corrección y su infatigable amabilidad, hasta con los más caídos.

Un camarero estaba delante de Saccard preguntándole:

—¿Qué va á tomar el señor?

—¡Ah, sí!... Lo que queráis, una chuleta, es párragos.

Después volvió á llamar al mozo.

—¿Estáis seguro de que el señor Huret no ha venido antes que yo y se ha vuelto á marchar?

—¡Oh, absolutamente seguro!

A este punto vino á parar después de la ruina que en Octubre le había obligado una vez más á liquidar su situación, á vender su hotel del parque de Monceaux para alquilar un cuarto: sólo los Sabatani le saludaban los primeros, y su entrada en un restaurant donde había reinado, ya no hacía volver todas las cabezas y tenderse todas las manos. Era un jugador verdadero, no le quedaba rencor á consecuencia de aquel último negocio de terrenos, escandaloso y desastroso, del cual apenas había salvado más que la piel. Pero todo su ser ardía en una fiebre de desquite; y la ausencia de Huret, que se había comprometido formalmente á estar allí, á medio día, para darle cuenta de la comisión de que le había encargado cerca de su hermano Rougon, el ministro á la sazón triunfante, le exasperaba, sobre todo contra este último. Huret, diputado dócil, hechura del gran hombre, no era más que un comisionado. ¿Era posible que lo abandonase de este modo Rougon, él que lo podía todo? Jamás se había mostrado buen hermano. Se explica que se hubiera disgustado después de la catástrofe, que hubiera roto abiertamente para no verse comprometido él mismo; pero después de seis meses, ¿no habría debido acudir secretamente en su ayuda? y ahora ¿iba á tener corazón para rehusarle el supremo apoyo que le pedía por me-

dio de un tercero, no atreviéndose á verle en persona, temiendo cualquier crisis de cólera que lo arrebataste? No tenía que decir más que una palabra, y lo volvería á levantar sobre todo aquel cobarde y gran París.

—¿Qué vino quiere el señor?—preguntó el mayordomo.

—Vuestro Burdeos ordinario.

Saccard, que dejaba enfriar su chuleta, absorto, sin hambre, alzó los ojos viendo pasar una sombra sobre el mantel. Era Massias, un moce-ton coloradote, un corredor á quien había conocido muy servicial, y que se deslizaba por entre las mesas, con su cotización en la mano. Llegó-le al alma verle pasar ante él sin detenerse, para ir á presentar la cotización á Pillerault y á Moser, que distraídos, empeñados en una discusión, apenas si lo miraron: no, no tenían que dar ninguna orden, otra vez sería. Massias, no atreviéndose á dirigirse al célebre Amadiou, inclinado sobre una ensalada de langosta, y hablando en voz baja con Mazaud, volvió hacia Salmón, que cogió la cotización, la estudió detenidamente, y la devolvió sin decir una palabra. La sala se animaba. A cada minuto, nuevos corredores hacían sonar las puertas. Cruzábanse desde lejos palabras á gritos, y á medida que avanzaba la hora iba enardecándose la pasión de los negocios. Y Saccard, cuyas miradas volvíanse sin cesar hacia afuera, veía también la plaza llenarse poco á poco y afluir carruajes y peatones; mien-

tras que sobre las gradas de la Bolsa, que brillaban al sol, manchas negras, hombres, mostrábanse ya uno á uno.

—Os repito—dijo Moser con su voz desolada—que las elecciones complementarias del 20 de Marzo eran un síntoma de los más inquietantes..... En fin, hoy todo París es de oposición.

Pero Pillerault se encogía de hombros. ¿Qué podía importar que Carnot y Garnier-Pages estuviesen en los bancos de la izquierda?

—Lo mismo que la cuestión de los ducados—añadió Moser;—también está llena de complicaciones..... Ciertamente, hacéis bien en reiros. Yo no digo que debiéramos hacer la guerra á Prusia, para impedirle poner la mano sobre la Dinamarca; pero habría medio de obrar..... Sí, sí, cuando los gordos se ponen á comerse á los pequeños, no se sabe nunca en qué parará la cosa..... Y en cuanto á Méjico.....

Pillerault, que estaba en uno de sus días de satisfacción universal, le interrumpió con una carcajada.

—¡Ah! no, querido, no nos fastidiéis con vuestros terrores sobre Méjico..... Méjico será la página gloriosa del reinado..... ¿De dónde diablo sacáis que el imperio está enfermo? ¿Pues no ha sido cubierto en Enero más de quince veces el empréstito de trescientos millones? Un éxito abrumador..... ¡Mirad! os emplazo para 1867, sí, para dentro de tres años, para la apertura de la

Exposición universal que el emperador acaba de decidir.

—¡Os digo que todo va mal!—afirmó desesperadamente Moser.

—¡Vaya, habiendo paz, todo va bien!

Salmón miraba al uno y al otro, sonriendo con su aire profundo. Y Saccard, que los había escuchado, relacionaba con las dificultades de su situación personal aquella crisis en que parecía entrar el imperio. El estaba por tierra una vez más: ¿es que aquel imperio, que lo había hecho hombre, iba á caer como él, derrumbándose de un golpe, del destino más alto al más miserable? ¡Ah! ¡Cómo había amado, cómo había defendido, desde hacía doce años, aquel régimen donde se había sentido vivir, brotar, henchirse de savia, como el árbol cuyas raíces agarran en el terreno que le conviene! Pero si su hermano quería arrancarlo de allí, si se le separaba de los que agctaban el suelo fecundo de los goces, ¡que todo se viniese abajo como en el gran cataclismo final de las comedias de magia!

Ahora esperaba sus espárragos, con el pensamiento lejos de la sala donde la agitación crecía sin cesar, lleno de sus recuerdos. En un gran espejo que había enfrente, acababa de ver su imagen, que le sorprendió. La edad no hacía mella en su personilla; sus cincuenta años parecían treinta y ocho apenas; conservaba la esbeltez y la vivacidad de un joven. Hasta con los años, su rostro moreno y lleno de surcos como

el de una marioneta, de nariz puntiaguda y pequeños ojos brillantes, se había como arreglado, había tomado el encanto de aquella juventud persistente, tan ligera, tan activa, espesos todavía los cabellos y sin una cana. E invenciblemente recordaba su llegada á París, al día siguiente del golpe de Estado, la noche de invierno en que había caído en medio de la calle, con los bolsillos vacíos, hambriento, con una gran furia de apetitos que satisfacer. ¡Ah! ¡Qué primera carrera aquella á través de las calles, cuando, aun antes de deshacer su maleta, había sentido la necesidad de lanzarse por la ciudad, con sus botas destrozadas y su paletó grasiento, para conquistarla! Desde aquella noche, había con frecuencia subido muy alto; por entre sus manos había corrido un río de millones, sin que jamás hubiera poseído á la fortuna como esclava, como cosa propia de que se dispone, que se tiene bajo llave, viva, material: siempre la mentira y la ficción habían habitado en sus cajas que parecían perder su oro por desconocidos agujeros. Después, he aquí que se volvía á encontrar en medio del arroyo, como en la lejana época de los comienzos, tan joven, tan hambriento, insaciado siempre, torturado por la misma necesidad de goces y de conquistas. Todo lo había gustado sin hartarse, no habiendo tenido tiempo ni ocasión, según creía, de morder bien profundamente en las personas y en las cosas. En este momento sentía la miseria de ser menos todavía que un princi-

piante, á quien hubieran sostenido la ilusión y la esperanza. Y se apoderaba de él la fiebre de volver á comenzar todo para reconquistarlo todo, de salir más arriba que nunca había estado, de poner al fin el pie sobre la ciudad conquistada. ¡No más la riqueza engañadora de la fachada, sino el sólido edificio de la fortuna, la verdadera majestad del oro, tronando sobre talegos llenos!

La voz de Moser, que se alzaba de nuevo, agria y muy aguda, distrajo un momento á Saccard de sus reflexiones.

—La expedición de Méjico cuesta catorce millones por mes; Thiers lo ha probado..... Y verdaderamente es preciso estar ciego para no ver que la mayoría de la Cámara está quebrantada. Ahora son treinta ó más en la izquierda. El emperador mismo comprende bien que el poder absoluto va siendo imposible, puesto que se hace el promotor de la libertad.

Pillerault no respondía, contentándose con sonreír con aire de desprecio.

—Sí, ya sé, el mercado os parece sólido; los negocios marchan. Pero esperad el fin..... Se ha demolido demasiado y demasiado reconstruido en París. Los grandes trabajos han agotado el ahorro. Cuanto á las poderosas casas de crédito que os parecen tan prósperas, esperad á que una de ellas tropiece y las veréis caer á todas una tras otra..... Esto sin contar con que el pueblo se remueve. Esa asociación internacional de traba-

adores. que se acaba de fundar para mejorar la suerte de los obreros, me espanta. Existe en Francia una protesta, un movimiento revolucionario que se acentúa cada día... Os digo que el fruto está podrido. Reventará todo.

Estas palabras provocaron una ardiente protesta. Aquel indiabado Moser sufría seguramente en crisis del hígado. Pero él mismo, al hablar, no quitaba la vista de la mesa vecina, donde Maraud, Amadien seguían, en medio del ruido, hablando muy bajo. Poco á poco se inquietaba la sala entera de aquellas largas confidencias. ¿Qué tenían que decirse para cuchichear del modo? Sin duda Amadien daba órdenes, preparaba una jugada. Desde hacía tres días corrían malas noticias sobre los trabajos de Suez. Moser guiñó los ojos y bajó también la voz.

Ya sabéis que los ingleses quisieron impe-  
dir esos trabajos. De aquí podría surgir una  
guerra. Esta vez, Sillerault quedó trastornado  
por la enormidad de la noticia. La cosa era in-  
creíble; y en seguida la frase voló de mesa en  
mesa, adquiriendo la consistencia de la certi-  
dumbre: Inglaterra había enviado un ultimá-  
tum pidiendo que cesaran inmediatamen-  
te los trabajos. Era evidente que Amadien no  
hablaba de otra cosa con Maraud, á quien da-  
ba la orden de vender todos sus bienes. Oyése  
un zumbido de pájaros en el aire cargado de  
oloros de grasa y en medio del ruido cre-  
ciente de vajilla removida. Lo que en  
aquel momento puso el colmo á la  
emoción, fue la entrada brusca de un  
dependiente del agente de cambios, el  
pequeño Florj, un muchacho de palido  
rostro, comido por una espesa barba

castaña que se precipitó con un paquete  
de tarjetas en la mano y las entregó á su  
principal, habiéndole al oído.

Está bien - contestó simplemente Maraud  
colocando las tarjetas en su carnet.

Después, sacando su reloj:

Son las doce. Decid á Berthier que me  
espere. Estad vos allí también y subid á  
buscar los despachos.

Cuando Florj se hubo marchado, rea-  
mudó su conversación con Amadien y  
sacó de su bolsillo otras tarjetas que puso  
sobre el mástil al lado de su plato; y á cada  
momento, un cliente que se iba se inclina-  
ba al pasar, y le decía una palabra que él  
inscribía rápidamente en uno de los peda-  
citos de papel, entre dos bocados. La falsa  
noticia, venida no se sabía de dónde,  
nacida de nada, iba agrandándose

como nube de tempestad.  
¿Y vos, vendéis? preguntó Moser á  
Salmon. Pero la muda sonrisa de  
este último fué tan maliciosa,  
que aquel quedó lleno de ansiedad,  
dudando ya de aquel ~~quedó lleno de~~  
~~ansiedad, dudando~~ *ultimatum*  
de Inglaterra, que ni siquiera  
sabía si lo había inventado él.  
Yo compro todo lo que se quiera -  
concluyó Pillerault con su vanidosa  
teneridad de jugador sin método.  
Cargada la cabeza por la embriaguez  
del juego, que caldeaba aquel  
animado final de al- (1)  
(1). Léase la página 13.

muerdo en el estrecho salón, Saccard había-  
se decidido á comer sus espárragos, irritán-  
dose de nuevo contra Huret, con quien ya no  
contaba. Hacía algunas semanas que él, tan  
pronto en resolverse, vacilaba, acometido de  
incertidumbres. Sentía bien la necesidad de ha-  
cerse piel nueva, y había soñado desde lue-  
go con una vida completamente distinta, en  
la alta administración, en la política. ¿Por  
qué el Cuerpo legislativo no lo habría de lle-  
var al consejo de ministros, como á su her-  
mano? Lo que reprochaba á la especulación era  
la continua inestabilidad, las grandes sumas tan  
pronto perdidas como ganadas: jamás se había  
dormido con el millón real, no debiendo nada á  
nadie. Y en aquel momento en que hacía su  
examen de conciencia, declábase que acaso era  
demasiado apasionado para aquella batalla del  
dinero, que necesitaba tanta sangre fría. Así se  
debía explicar cómo, después de una vida tan  
extraordinaria de lujo y de inquietudes, salía  
con los bolsillos vacíos, vencido, de aquellos diez  
años de formidables tráficos sobre los terrenos  
del nuevo París, con los cuales tantos otros, más  
serenos, habían hecho fortunas colosales. Si aca-  
so se había engañado acerca de sus verdaderas  
aptitudes, acaso triunfaría de un salto en la lu-  
cha política con su actividad y su ardiente fe.  
Todo dependía de la contestación de su herma-  
no. Si éste lo rechazaba y lo volvía á lanzar al  
golfo del agio, tanto peor para él y para los de-



más; aventuraría el gran golpe de que todavía no hablaba á nadie, el negocio enorme que meditaba semanas hacía y que á él mismo le asustaba, tan vasto era, muy á propósito, lo mismo si tenía éxito que si fracasaba, para remover el mundo.

Pillerault había levantado la voz preguntando:

—Mazaud, ¿es cosa resuelta la ejecución de Schlosser?

—Sí—contestó el agente de cambio—hoy se pondrá el edicto..... ¿Qué queréis?... El asunto es enojoso, pero yo había recibido los informes más inquietantes y lo he descontado el primero. Es preciso dar una escobada de cuando en cuando.

—Me han afirmado—dijo Moser—que vuestros compañeros Jacoby y Delarocque, figuran en el asunto por grandes sumas.

El agente hizo un gesto vago.

—¡Bah! eso es cosa perdida..... Ese Schlosser debía formar parte de una banda, y quedará en situación de ir á espumar la Bolsa de Berlín ó de Viena.

Las miradas de Saccard dirigiéronse hacia Sabatani, cuya asociación secreta con Schlosser le había revelado una casualidad: ambos jugaban el conocido juego, el uno al alza, el otro á la baja, sobre un mismo valor, y el que perdía quedaba en paz para participar en los beneficios del otro y desaparecer. Entretanto el joven pa-

gaba tranquilamente la cuenta de su almuerzo, y después, con su gracia acariciadora de oriental, vino á estrechar la mano de Mazaud, de quien era cliente, inclinándose á su oído y dándole una orden que el agente inscribió en una tarjeta.

—Vende sus Suez—murmuró Moser.

Y añadió en voz alta, cediendo á una necesidad, enfermo de duda:

—¡Eh! ¿Qué pensais del Suez?

Calmóse el estruendo de las voces, y todos los que estaban en las mesas vecinas se volvieron. La pregunta resumía la creciente ansiedad.

Pero Amadiieu que había invitado sencillamente á Mazaud para recomendarle un sobrino suyo, permaneció impenetrable, no teniendo nada que decir; mientras que el agente, á quien comenzaban á asombrar las órdenes de venta que recibía, se contentó con mover la cabeza, por un hábito profesional de discreción.

—¡El Suez! ¡Pero si es un gran valor!—declaró con su voz musical Sabatani, que antes de salir se acercó á estrechar galantemente la mano á Saccard.

Y Saccard conservó un momento la sensación de aquella presión de mano tan suave, tan ligera, casi femenina. En su incertidumbre de qué camino seguir, de cómo rehacer su vida, consideraba como estafadores á todos los que estaban allí. ¡Ah! si le forzaban á ello, ¡cómo los

desenmascararía, cómo pondría en evidencia á los Moser asustadizos, á los Pillerault osados, á los Salmón huecos, á los Amadien cuyo éxito se toma como genio! Había vuelto el ruido de platos y de copas, las voces se enronquecían, las puertas golpeaban con más fuerza, en la prisa que devoraba á todos por encontrarse allí enfrente, en el juego, si debía producirse una catástrofe sobre los Suez. Y por la ventana, en medio de la plaza, surcada de coches, llena de peatones, veía las gradas de la Bolsa bañadas de sol, como ennegrecidas ahora por una ascensión continua de insectos humanos, de hombres correctamente vestidos de negro, que poco á poco llenaban la columnata; mientras que detrás de las verjas aparecían algunas mujeres, vagas, rondando bajo los castaños.

De repente, en el momento en que comenzaba á comer el queso que acababa de pedir, una voz gruesa le hizo levantar la cabeza.

—Dispensadme, querido, me ha sido imposible venir más pronto.

Era, al fin, Huret, un normando de Calvados, una cara carnosa y ancha de campesino astuto, que quería aparecer inocente. Inmediatamente hizose servir cualquier cosa, el plato del día, con uno de legumbres.

—¿Qué tenemos?—preguntó secamente Saccard conteniéndose.

Pero el otro no se apresuraba, y lo miraba como hombre discreto y prudente. Después, po-

niéndose á comer, adelantó la cabeza, y bajando la voz:

—Sí, he visto al gran hombre..... en su casa, esta mañana..... ¡Oh! ha estado muy amable, muy amable para vos.

Detúvose, bebió una gran copa de vino, y se echó una patata á la boca.

—¿Y qué?

—Pues, mirad, querido..... Está dispuesto á hacer por vos todo lo que pueda, os proporcionará una hermosa posición, pero no en Francia..... Por ejemplo, gobernador de una de nuestras colonias, una de las buenas. Allí seréis el amo, un verdadero reyezuelo.

Saccard había palidecido.

—¡Vaya, tenéis gana de reir, de burlaros de la gente!..... ¿Por qué no inmediatamente la deportación?... ¡Ah, quiere desembarazarse de mí! ¡Que lleve cuidado conmigo!

Huret seguía con la boca llena, tratando de conciliar.

—Vamos, vamos, dejadnos hacer, que sólo se trata de vuestro bien.

—Que me deje suprimir, ¿no es esto?..... ¡Mirad! Hace un momento decían aquí que al imperio no le quedará bien pronto ninguna falta que cometer. Sí, la guerra de Italia, Méjico, la actitud enfrente de Prusia. ¡Mi palabra, es la verdad!..... Se harán tantas locuras y tonterías, que Francia entera se alzaría para echaros.

El diputado, fiel hechura del ministro, in-

quietóse, palideciendo y mirando alrededor.

—¡Ah! Permitidme, permitidme que no os siga..... Rougon es un hombre honrado, y mientras que él esté allí no hay peligro..... No, no digáis más, no lo conocéis, debo decíroslo.

Saccard le interrumpió con violencia, ahogando su voz entre sus apretados dientes.

—Sea, queredle, haced juntos vuestro negocio.... ¿Quiere protegerme aquí, en París? ¿Sí o no?

—¡En París, jamás!

Sin añadir una palabra, Saccard se levantó y llamó al mozo para pagarle, mientras que muy tranquilo, Huret, que conocía sus cóleras, seguía tragando grandes bocados de pan, y lo dejaba marcharse por temor á un escándalo. Pero en aquel momento notóse una gran emoción en la sala.

Acababa de entrar Gundermann, el banquero rey, el amo de la Bolsa y del mundo, un hombre de sesenta años, cuya enorme cabeza calva, de gruesa nariz y de ojos redondos y saltones, indicaba una obstinación y una fatiga inmensas. Nunca iba á la Bolsa, adonde hasta afectaba no enviar representante oficial; nunca almorzaba en un sitio público. Sólo de tarde en tarde, le sucedía, como aquel día, mostrarse en el restaurant Champeaux, donde se sentaba á una de las mesas para hacerse servir sencillamente una copa de agua de Vichy. Padeciendo hacía veinte años

una enfermedad de estómago, alimentábase sólo con leche.

Inmediatamente se puso toda la servidumbre en movimiento, y todos los parroquianos quedaron empequeñecidos. Moser, con aire de anonadamiento, contemplaba á aquel hombre que sabía los secretos, que hacía á su voluntad el alza ó la baja, como Dios forja el rayo. Hasta Pillerault le saludaba, no teniendo fe más que en la irresistible fuerza de los millones. Eran las doce y media, y Mazaud que abandonaba precipitadamente á Amadieu, volvió y dobló el espinazo ante el banquero, de quien alguna vez había recibido el honor de una orden. Muchos parroquianos que se disponían también á marcharse á escape, quedaron en pie, rodeando al dios, haciéndole respetuosas reverencias, en medio de la desbandada de manteles sucios, y mirándole con veneración coger la copa de agua con mano temblorosa y llevarla á sus descoloridos labios.

En otra época, en las especulaciones sobre los terrenos de la llanura Monceaux, Saccard había tenido discusiones y hasta reñido con Gundermann. No podían entenderse, el uno apasionado y amigo de goces, el otro sobrio y de fría lógica. Por esto el primero, en su crisis de cólera, exasperado todavía por aquella entrada triunfal, marchábase, cuando lo llamó el otro.

—Decid, amigo mío, ¿es verdad que dejáis los negocios?... Á fe mía, que es lo mejor que podéis hacer.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Esto fué para Saccard un latigazo en pleno rostro. Irguió su pequeña talla y replicó con voz vibrante, aguda como una espada:

—Voy á fundar una casa de crédito con capital de veinticinco millones, y cuento ir á veros muy pronto.

Y salió dejando detrás de sí el ardiente bulli-  
cio de la sala, donde todo el mundo se empujaba para no faltar á la apertura de la Bolsa. ¡Ah! ¡Triunfar al fin, poner el pie sobre aquellas gentes que le volvían la espalda, y luchar de potencia á potencia con el rey del oro, y hundirlo, acaso, un día! No estaba decidido á emprender su gran negocio, y quedó sorprendido de la frase que la necesidad de contestar le había arrancado. Pero ¿podría intentar fortuna por otra parte, ahora que su hermano lo abandonaba y que los hombres y las cosas lo herían para lanzarlo otra vez, como el toro ensangrentado es vuelto á la plaza?

Un momento permaneció estremecido al borde de la acera. Era la hora de movimiento en que la vida de París parece afluir á aquella plaza central, entre la calle Montmartre y la calle Richelieu, las dos arterias repletas que encauzan la multitud. De las cuatro encrucijadas, abiertas en los cuatro ángulos de la plaza, corrían olas no interrumpidas de carruajes, en medio de los remolinos de la gente de á pie. Sin cesar se abrían y se cerraban las dos filas de coches del punto establecido á lo largo de las verjas; mien-

tras que en la calle Vivienne las victorias de los corredores prolongábanse en una apretada fila, dominada por los cocheros, riendas en mano, prestos á arrear á la primera orden. Las gradas y el peristilo, invadidos, negreaban con un hormigueo de levitas; y del *corro*, instalado ya bajo el reloj y funcionando, subía el clamor de la oferta y la demanda, aquel rumor de marea del agio, triunfando del rumor de la población. Los transeúntes volvían la cabeza, con la curiosidad y el temor de lo que allí se hacía, ese misterio de las operaciones financieras en que pocos cerebros franceses penetran, esas ruinas y esas fortunas súbitas, que no se explicaban entre aquella gesticulación y aquellos gritos bárbaros. Y Saccard, al borde del arroyo, ensordecido por las lejanas voces, empujado por las gentes apresuradas, soñaba una vez más con el reinado del oro, en aquel barrio de todas las fiebres, en cuyo centro la Bolsa, de una á tres, palpita como un corazón enorme.

Después de su ruina no se había atrevido á volver á entrar en la Bolsa; y aun aquel día, un sentimiento de vanidad doliente, la certeza de ser acogido como vencido, le impedía subir las gradas. Como los amantes arrojados de la alcoba de una querida, á quien siguen deseando, aun creyendo aborrecerla, volvía fatalmente á aquel sitio, daba vuelta á la columnata con cualquier pretexto, entrando en el jardín, andando como de paseo, á la sombra de los casta-